

## LA HERENCIA

El millonario anciano no solía abandonar su inmensa mansión, pero ya comenzaban a cansarle las monótonas paredes de la casa, que se repetían en cada una de las cinco plantas con el mismo color amarillento salpicado de manchas oscuras producidas por las humedades que se colaban a través de cualquier rincón. Había salido para dar un pequeño paseo, como solía hacer cada tarde con su difunta esposa.

Tras recorrer con su paso jovial algunas de las calles de la ciudad y respirar aire puro llegó de vuelta a su casa.

El anciano atravesó con paso vigoroso la verja que rodeaba su enorme mansión, la cual no servía de nada ya que a diario veía desde su ventana a niños corriendo y jugando en los rincones más ocultos de su gran jardín, descuidado por completo después del triste fallecimiento de la señora de la casa, que encargaba gran parte del día a cuidar los jardines como si de su vida se tratara, y ahora que su vida se había ido, los jardines desaparecían junto a ella.

Atravesó el umbral de la puerta y se vio de nuevo en la casa que ya conocía por completo de memoria. Subió las escaleras de madera que había en el centro del vestíbulo y pasó por delante de la puerta que nunca había abierto desde la muerte de su esposa; la puerta que daba paso a la gran biblioteca de la casa. Tras esa puerta había más de un millar de libros, y todos habían sido leídos por la señora de la casa durante su larga vida. El anciano no se había atrevido a atravesar la puerta, porque hacerlo sería encontrarse de nuevo con su esposa muerta y recordar que ya no la tenía ni la tendría allí, junto a él, comentándole, como solía hacer, los peligros a los que los caprichosos escritores exponían a los personajes de los libros que leía.

El anciano no reparó en la puerta de la biblioteca, pero sí miró durante un instante el retrato de su mujer que colgaba en la pared que había frente a la puerta de la biblioteca.

Se lamentó por su mala suerte, pero lo que más le entristeció no fue eso, sino las dos huellas que habían dejado en la pared las fotos de sus dos hijos, las cuales había retirado cuando ambos se dignaron a visitarlo después de más de diez años de ausencia. El motivo de la visita era tan simple como rastrero. Lo único que querían sus hijos era saber si les dejaría en herencia parte de su fortuna. El anciano sintió cuando oyó esas palabras de su hijo David, el mayor, la misma sensación que hubiera notado en su cuerpo si una afilada daga hubiese atravesado su fuerte corazón. Su hija Sandra, la pequeña, que siempre había parecido más inteligente y honrada que David era ahora tan rastrera como él. Eso asqueó sobremanera al pobre anciano, que se comenzó a marear y solamente volvió en si cuando sus hijos había abandonado la casa y su esposa, todavía viva por aquel entonces, lo cuidaba tumbado en la cama.

Había pasado ya más de un año desde aquel incidente, y el anciano aún no había pensado qué haría con su fortuna tras su muerte. Lo que tenía claro era que no tenía a nadie en su vida, y que los únicos que podrían recibir su fortuna serían sus hijos. Y de hecho era lo que pensaba hacer, a pesar de la codicia y avaricia que habían demostrado éstos.

El anciano llegó hasta el tercer piso de la casa, donde tenía un pequeño y acogedor cuarto en el que podía decirse que pasaba su vida por completo. Se sentó en el cómodo sillón junto al fuego que crepitaba sin cesar. Miraba a través de la ventana los grandes jardines de su casa, y al fondo, entre los árboles, conseguía distinguir dos pequeñas figuras que corrían de un lado a otro, subiendo y bajando de los árboles, tal como lo hacían sus hijos cuando no pasaban los diez años. En otros tiempos su esposa habría salido detrás de los críos con una escoba en la mano, pero al desgraciado anciano le gustaba ver a los niños y, sobretodo, oír sus risas.

El viejo cerró sus ojos y se quedó dormido, sin ver el espectacular atardecer que brillaba en el exterior.

Se despertó cuando la única luz de la calle procedía de la luna y de las farolas. El fuego casi se había apagado, y el anciano lo atizó y echó unos palos que se quemarían rápidamente en los siguientes minutos.

La noche era fresca y silenciosa cuando el anciano se decidió a tumbarse en la cama, pero extraños ruidos que oía en la planta de abajo le obligaron a calzarse las zapatillas y dirigirse hacia el lugar del que provenía el ruido. “Malditos críos” murmuraba para sus adentros mientras bajaba la escalera para encontrarse la puerta trasera de su casa abierta. Supuso que los niños no podían haber sido, y culpó al aire que corría por la calle.

Subió con paso lento las escaleras, que crujían misteriosamente, y el viejo oyó pasos en la planta de arriba. No tardó nada en terminar de subir las escaleras para conseguir ver la sombra que se había colado por una puerta, la puerta más preciada de la casa, la que daba a la gran biblioteca en la que el viejo no había entrado en un año. El anciano se acercó con paso ligero y vaciló. La biblioteca, su esencia y su aroma, le recordaban a su esposa. Lo llenó un impulso de valentía y se coló en la biblioteca, completamente oscura. El hombre se acercó al único escritorio que había entre decenas de estanterías y sacó una linterna, con la que se coló entre las murallas de libros. El olor que se respiraba allí era el que impregnaba día a día a su esposa, y por culpa de ese aroma su esposa vino a su mente por completo, y creyó tenerla a su mismo lado. “Malditos críos. ¿Dónde estáis?” gritó mientras recorría los pasillos de la oscura biblioteca sin encontrar ni rastro de nadie. “Me lo habré imaginado” pensó apuntando con su linterna a una estantería, en la que se dibujaba un pequeño círculo de luz que se movía al ritmo de la temblorosa mano del hombre. Le pareció que justo allí había algo que se movía, pero la luz de la linterna no alcanzaba para iluminarla en la profunda oscuridad. “Me está mirando”

fueron las palabras que oyó el viejo a pocos metros de él, y que le propinaron un buen susto. La voz era de una mujer, y por un momento el viejo creyó que era la voz de su esposa. Su corazón comenzó a palpar velozmente. Achinó los ojos para intentar localizar de quién procedía esa voz, pero justo entonces oyó otra masculina voz que susurró “corre”, y el viejo sólo consiguió oír unos pasos apresurados justo delante de él, sin conseguir ver a nadie. La puerta de la biblioteca se abrió y el ruido de pasos desapareció tras un portazo.

El anciano salió apresurado de la biblioteca y regresó corriendo a su habitación, donde estaba el único teléfono de la casa para poder llamar a la policía. Pero mientras marcaba los números con su arrugado dedo vio a los dos niños, el chico y la chica rubios, corriendo por el jardín, gritando y riendo. Se tranquilizó al ver quiénes eran los que habían invadido secretamente la casa, y decidió no llamar a la policía, pues los dos críos seguían siendo los tiernos niños que alguna vez fueron sus hijos. Se tumbó en la cama y se durmió viendo como el fuego de la chimenea se apagaba por completo.

La noche se adentró sin sobresaltos, hasta que el hombre se despertó de pronto sin saber muy bien por qué. Estaba en el cuarto completamente a oscuras. Y estaba seguro de que no estaba solo. Había alguien frente a su cama, sentía sus ojos clavados en sus ojos. Esperó unos segundos deseando que todo fuera una pesadilla y que a la mañana siguiente despertaría con sólo un recuerdo, y fue entonces cuando regresaron a su mente los miedos que más de una noche le habían quitado el sueño. Se visionó a sí mismo con sesenta años menos, con su pelo rubio cubierto de sudor, tumbado en la cama, con su padre sentado en un borde tratando de tranquilizarle hablándole con su apacible voz. Pero el pelo rubio comenzó a aclararse más hasta ser completamente blanco, y su piel se arrugó hasta que se vio a sí mismo, encogido en la cama como cuando tenía ocho años. ¿Cómo era posible que aún temiera como cuando era un crío? ¿Cómo podía estar aún

deseando que su padre estuviese allí para tranquilizarlo? ¿No había alcanzado ya la suficiente madurez? Tal vez, para el miedo, no había edad. El terror ataca tanto a niños, como mayores. Tanto a los valientes como a los temerosos. Incluso a los jóvenes que aseguran no temer nada y esconden sus miedos en su interior hasta que están solos y pueden liberarlos.

Oyó unos suaves pasos sobre la moqueta y notó que el individuo se situaba justo a su lado. El anciano podía escuchar los latidos de su corazón, y estaba seguro de que su oscuro visitante también. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando una fría mano le rodeó el cuello. Dio un respingo y se incorporó en la cama. Encendió la primera luz que encontró, pero para entonces no había nadie en su cuarto. En la habitación solo había miedo... y una puerta abierta de par en par.

El anciano se levantó de su lecho rápidamente y corrió hasta la puerta. Se asomó. Pero solo consiguió ver una penetrante oscuridad. Cerró la puerta y se dirigió de nuevo a su cama, deseando que esa noche llegase ya a su fin. Pero cuando no se había alejado ni tres metros de la puerta... pom, pom, pom. Tres fuertes y secos golpes sonaron en la madera y resonaron en la habitación. El anciano abrió la puerta de nuevo, esperando encontrarse con los más oscuros horrores que jamás habían llegado a su cabeza. Y así fue: tras la puerta solo había oscuridad. La cerró de nuevo, y aún no había separado la mano de la manivela de la puerta cuando... pom, pom, pom. Nuevamente secos. Seguidos de un aterrador silencio. El anciano abrió presto la puerta: oscuridad; penetrante oscuridad. Cerró de nuevo la puerta.

El hombre se sentó en la silla más cercana que encontró en su cuarto, justo delante del escritorio. Las piernas parecían habersele convertido en mantequilla líquida. El anciano se fijó en la mesa y vio, gracias a la débil luz que procedía de su mesilla, un folio escrito. No pudo leer el contenido del papel por la falta de luz y por la ausencia de sus

gafas. Pero distinguió algo que le aterró aún más que la oscuridad penetrante tras la puerta: en el final de la hoja estaba plasmada su firma, exactamente su misma caligrafía cuidada y su seguro garabato rodeándola. Pero él estaba seguro de no haber firmado nada. Se levantó en busca de sus gafas y un sonido, más suave que los golpes en su puerta, llamó su atención en la ventana. Creyó distinguir pequeños guijarros golpeando su cristal. Se dirigió raudo a la ventana y la abrió, permitiendo el paso del frío en la habitación. En el jardín distinguió la figura de una persona que tiraba las pequeñas piedras contra él. “¿Quién eres?”, gritó sin obtener respuesta.

POM. POM. POM. Los golpes en la puerta sonaron como no lo habían hecho antes, y esta vez la puerta se abrió de golpe. Una oscura y sombría figura entró vehementemente en el cuarto y se quedó allí, mirándole, entre las sombras de la habitación. El anciano estaba aterrado, y su corazón iba a salirse del pecho.

La figura se acercó a paso lento y se quedó a pocos metros de él. Se quitó el pasamontañas que cubría su rostro y le mostró su cara. “¿Sorprendido?”, dijo con su voz femenina mientras atacaba al hombre con un empujón que hizo que cayera sin remedio por la ventana, precipitándose hacia el jardín sin ningún tipo de esperanza para sobrevivir. El cuerpo se empotró contra el suelo, y los niños corrieron a él y se quedaron mirando la cara de horror del anciano. La cara que se le había quedado al ver quién se escondía entre tanta ropa negra.

Unos metros más allá, dos personas vestidas completamente de negro se reunieron. Una de ellas, la mujer, salía de la casa. La otra, el hombre, llegada del mismo lugar en que yacía el anciano.

- ¿Está aún vivo?- dijo una voz masculina.
- Nadie a su edad podría haber sobrevivido a esa caída- contestó la voz femenina.
- Vayámonos antes de que alguien nos vea, Sandra.

- David, ¿estás seguro de que el folio en el escritorio funcionará?
- Tranquila. La imitación que hiciste de la firma de nuestro padre es perfecta.

A la mañana siguiente la casa estaba rodeada de gente. En el cuarto del anciano había varios policías, que habían leído el folio que había en el escritorio.

- Al parecer se ha suicidado- dijo un policía-. Ha dejado un papel firmado en el que acredita que deja toda su fortuna a sus dos hijos y explica que se suicida porque no aguanta la soledad desde la muerte de su esposa.

Los dos niños rubios entraron en la casa y corrieron hasta la biblioteca. Cogieron de la mano a la hermosa mujer que permanecía allí y se dirigieron a la cocina que había en esa misma planta y encendieron el gas de la cocinilla. El dulce aroma del gas llegó tarde a los policías. Cuando lo percibieron la hermosa mujer ya habían encendido la luz, y la pequeña chispa producida por el interruptor hizo volar esa parte de la casa, y no permitió escapar vivos ni a los policías, ni a los niños, ni a la mujer. La casa se derrumbó por completo, y los billetes que componían toda la fortuna del anciano, escondidos en el mueble de la cocina por su desconfianza por los bancos, habían desaparecido convertidos en humo y cenizas.

El comisario llegó en coche unos minutos después de la explosión y se acercó a la casa con su paso desgarrado. No se fijó en los dos niños rubios que cogían de la mano a su madre, como si no existieran a sus ojos.

- Vamos David. Vamos Sandra- dijo la mujer recogiendo uno de los pocos libros que habían sobrevivido a la explosión. Y las fantasmagóricas figuras de aquellos recuerdos, ya desaparecidos en el olvido, se desvanecieron entre los escombros de la casa.

La noticia de la desaparición de la fortuna de su padre llegó primero al hijo mayor, que no tardó en colgarse del cuello con una soga. Luego llegó a la hija menor, que maldijo todo cuanto estaba su alcance y lloró por las pérdidas que había sufrido en un plan por hacerse con la fortuna de su padre a costa de asesinarlo injustamente. Para nunca olvidar esto vivió siempre con la figura de ella misma cuando era pequeña acompañándola allí donde iba, hasta que un día, completamente desquiciada por esa macabra compañía, se tiró al río. Antes de arrojar su cuerpo contra las furiosas aguas recordó que de niña nunca hubiese pensado ni siquiera en robarle una triste moneda a su padre. “¿Por qué cambiamos?” se preguntó entre lloros y lamentos. “¿Por qué tanta avaricia y tanta injusticia? ¿Por qué el dinero y el poder tienen que regir nuestras vidas y provocar las envidias hacia los demás? ¿Por qué incluso llegar a la horrible palabra *muerte*?” Preguntas todas éstas que ella no consiguió responder entonces, y que nadie conseguiría responder jamás.